

Cuento para asustar a niñas malas

Simón León

El Colegio de la Sagrada Concepción era uno de esos edificios que resulta imposible imaginar sin sus eternas rajaduras y sus manchas de humedad similares rostros de hombres muertos.

Para Malvina, aquel lugar era su lugar en el mundo. La habían trasladado allí desde el orfanato, así que si bien comprendía que el Colegio no era un sitio agradable, le parecía el mejor de cuantos había conocido.

–No se puede gritar, no correr, ni cantar, ni escuchar música. Tampoco se puede caminar por cualquier pasillo, sólo por aquellos que conducen al patio, a las habitaciones y a las aulas –le dijo la hermana Josefa la tarde que llegó–. Dos veces por semana, los miércoles y los domingos, irá a la capilla a hacer sus oraciones. Será acompañada por una de las hermanas. Nunca puede acercarse allí sola. Y está terminantemente prohibido salir por las noches–. Malvina iba a hacer una pregunta, pero la monja se anticipó–: Si tiene ganas de ir al baño, será mejor que aguante, porque si se hace encima, deberá recorrer todo el patio arrastrando su colchón para dejarlo al sol frente a todas sus compañeras, ¿ha comprendido?–. Malvina asintió con la cabeza. La monja se inclinó hacia ella y mirándola a los ojos, repitió–: ¿Ha entendido, señorita Malvina?

–S...í, sí –tartamudeó Malvina. Después comprendería que aquel fue un muy buen comienzo, porque su relación con las monjas no haría más que empeorar.

Lo importante fue que luego de aquella primera conversación, Malvina pudo determinar la forma en la cual interpretaría todo lo que sucediese en el Colegio: Podías estar con las monjas o contra ellas. Un mundo de buenos y malos, eso era todo lo que Malvina necesitaba para sentirse tranquila y saber cómo actuar.

Sus primeros días en el Colegio fueron difíciles. Antonia, su compañera de cuarto, había pasado más tiempo que cualquier otra en el convento y conocía hasta el último rumor que

corría por sus pasillos; lo peor era que parecía creer en todos, por más incoherentes que fuesen.

–Dicen que las monjas son monstruos. Que usan hábito para ocultar los tentáculos que tienen en lugar de piernas –le dijo a poco de su llegada. Malvina siempre la escuchaba aunque pocas veces daba crédito a sus versiones. Al principio, creyó que Antonia sería su compañera de aventuras, pero muy pronto comprendió que era rápida para las palabras pero lenta para actuar. Cuando estaba frente a las monjas, se mostraba sumisa y obediente.

–Si seguís así –le decía siempre– vas a terminar muerta, o peor, embarazada.

Malvina no sabía por qué era peor estar embarazada que muerta, pero eso no iba a impedir que se subiese la pollera casi hasta que se viesen las bragas o se desabrochase la blusa hasta el tercer botón por el sólo placer de ver rabiarse a las monjas.

Aunque el realidad... ¿era sólo eso lo que motivaba a Malvina? ¿O acaso la sensación del frío crucifijo entre sus pechos erectos y cálidos no era enloquecedora e incitante?

–¡Deben cuidarse del pecado! Nunca tienen permitir que el demonio marchite la fruta madura que se esconde entre sus piernas –le decía la hermana Josefa con sus negros ojos de tiburón y sus labios siempre brillantes por la saliva. Luego, al oído de Malvina, gritaba–: ¿Entendió, Malvina, entendió? –y la obligaba a arreglarse la ropa delante de las demás, siempre mirándola de aquella manera que turbaba tanto a Malvina, aunque no sabía por qué.

Una vez, la hermana había obligado a Malvina a ponerse de pie delante de toda la clase, le había arrancado el crucifijo y tirado de la pollera con tanta saña que le había arrancado la falda. Tal vez fue la carne joven y sonrosada, o el intento de Malvina por cubrir su desnudez, lo cierto es que el ánimo de la monja se inflamó hasta tal punto que con voz entrecortada envió a Malvina a la dirección sin permitirle recomponer su ropa.

¿Qué fue mayor? ¿La humillación de tener que transitar los anchos corredores en aquel estado o el temor a enfrentarse con aquella monstruosa y mítica Madre Superiora?

Porque en aquel colegio se susurraban las peores historias sobre la directora. Algunas alumnas decían que en realidad era una bruja que celebraba misas negras en la capilla del colegio –nadie sabía a qué se referían, pero sonaba aterrador–. Otras sostenían que la madre superiora mantenía cautivas en mazmorras subterráneas a las estudiantes expulsadas para devorarlas los días de fiesta. Y hasta estaba aquella historia tan descabellada sobre la una raza extraterrena que se encontraba en estado de hibernación custodiada celosamente por las hermanas.

Pero volvamos a Malvina, que arrastraba su vergüenza por el pasillo hasta que por fin llegó a la entrada de la dirección. Allí esperó un momento, se enjugó las lágrimas y golpeó la puerta, que se abrió con un chirrido.

–Per... permiso–. La madre superiora descansaba en un enorme sillón que parecía apenas suficiente para acoger sus carnes.

–Adelante – dijo. Malvina se acercó–. Señorita Malvina, usted ha tentado al diablo. La hermana Josefa ha sido demasiado benévola hasta ahora. En mis tiempos, las hermanas llegaron a arrancarle las uñas a una estudiante por mostrar los muslos. Yo haría lo mismo, pero estos son tiempos distintos. Nuevas encarnaciones están por venir. El *soma* no debe ser mancillado. Párese aquí. Quiero examinarla.

Malvina se aproximó a la Madre Superiora. Pudo ver sus ojillos pequeños escondidos detrás de la piel vieja. Al llegar junto a ella, se irguió como una babosa a la que acaban de echar sal.

–Acérquese más. Quiero verla de cerca, señorita Malvina. Quiero sentir el olor de su vulva para saber hasta donde han llegado sus ardores.

Malvina se acercó. La Madre Superiora la examinó con detenimiento, inclinado el rostro hacia delante y olisqueando a su sexo. Malvina sintió asco cuando una mano cálida y húmeda tocó su pecho y se deslizó sobre su estómago.

–Ventre firme, caderas redondas, carne sonrosada. Eso es bueno –dijo complacida. Luego, recuperó su tono firme–: Limpiaré el baño durante toda la semana, utilizando sólo un cepillo de fregar. La próxima vez que la vea, deberá tener llagas en las rodillas, señorita Malvinas. Llagas que sangren, claro está.

»Ahora, puede retirarse.

Malvina se marchó creyendo que había tenido suerte por haber conseguido un castigo tan suave.

La siguiente vez que Malvina vio a la Madre Superiora fue en circunstancias aún más desagradables.

La idea de la carrera surgió de una necesidad imperiosa. Durante las largas noches de invierno, el cuerpo de Malvina había comenzado a añorar algo que nunca había conocido. Se erizaba y se humedecía sin que ella pudiera controlarlo, creando sensaciones que le resultaban desagradables y placenteras al mismo tiempo.

Necesitaba experimentar, hurgar no sólo en sus palpitaciones, sino también en las de otros. Fue por eso que le propuso aquella carrera a Mariela, una muchacha de aspecto desafiante que en muy poco tiempo se había ganado el odio de las monjas por su costumbre de reírse de todo y de todos. Malvina supo de inmediato que era la adecuada para aquel desafío: Atravesar toda la galería del piso superior, desde las habitaciones hasta la biblioteca.

–Eso sí –dijo Malvina apenas pudiendo ocultar su excitación–: Correremos sin ropa–. No se animó a decir desnudas, porque le parecía una palabra indecente.

–¿Sin ropa? –dijo Mariela entre risas. De pronto, Malvina la imaginó desnuda, con los pechos pequeños y los pezones sonrosados.

–Si lo haces –le dijo Antonia al enterarse– no te vas a salvar: Seguro te mueres o peor, te quedas embarazada.

–O muerta y embarazada. Eso sí que sería malo –dijo Malvina.

Pese a sus reticencias, fue Antonia quien cruzó el pasillo por la noche para avisarle a Mariela que su amiga estaba lista.

–Dile que tiene que estar toda desnuda, ¿eh? –le espetó Mariela. Antonia pudo ver su hombro lleno de pecas color caramelo asomándose por la puerta.

–Cuando cuente tres, comienzan –le respondió Antonia y después recorrió el resto de los cuartos para avisar a las demás estudiantes que la competencia estaba por comenzar. Luego, se situó en el medio de un pasillo al que las penumbras tornaban fantasmal e infinito.

–Uno... dos... y... –Mariela abrió la puerta de su cuarto y salió sin dejar que terminara de contar. Malvina se echó a correr sofocando la risa, viendo la figura pálida de su oponente adentrándose en la oscuridad mientras escuchaba las exclamaciones de sus compañeras, ahora devenidas en público. No pudo evitar experimentar placer al percibir el roce de sus muslos y el cosquilleo nervioso en su sexo al ser acariciado por el aire.

Antes de perderse detrás de la primera esquina, Mariela se volvió sin detener su carrera. Malvina se dio cuenta de que estaba riendo. Decidió correr más rápido para intentar alcanzarla, no para vencerla, sino para llegar junto a ella y hacer... ¿qué...? No lo sabía, pero estaba dispuesta a averiguarlo.

Por fin, dejaron atrás la última esquina. Malvina estaba a un paso de su amiga y entonces, cuando la carrera llegaba a su fin, apretó el paso y se arrojó sobre ella. Cayeron al suelo mezclado sudores, pieles vírgenes, jugos impúdicos. Quedaron así, aferradas y riendo como locas para ocultar aquello que se dilataba en algún lugar de su ser.

Recién cuando la risa se detuvo, fueron concientes de la presencia de la hermana Josefa, que las observaba roja de furia en el extremo opuesto del pasillo.

A partir de aquel momento, todo sucedió como en una pesadilla. Desnudas como estaban, las dos compañeras fueron arrastradas hasta el centro del patio. Malvina nunca supo como había logrado que todas sus compañeras estuviesen allí tan rápido, pero cuando ellas llegaron arrastradas de los pelos por la hermana Josefa, ya estaban en el lugar. En el centro del patio,

las esperaban otras dos hermanas. Una de ellas tenía la palmeta de madera que utilizaban para los castigos físicos.

La hermana Josefa obligó a Mariela a agacharse como un perro. Entonces sucedió aquello: La monja que llevaba la palmeta la entregó a Malvina.

–Tome la palmeta, señorita –dijo la hermana Josefa–. Ya que ha sido cómplice en esto, será usted quien infrinja el castigo.

Un murmullo recorrió el patio, un susurro ahogado que recordó a Malvina aquel otro que había escuchado al comenzar la carrera.

–No... no puedo... –balbuceó.

–Claro que puede.

–No...

–¡Hágalo!–. Esta vez, no fue la hermana Josefa quien habló, sino la Madre Superiora, que observaba todo desde el balcón del primer piso. Malvina dio un primer golpe.

–¡Más fuerte! –gritó la hermana Josefa. Malvina no veía a causa de las lágrimas, pero volvió a pegar–. ¡Más fuerte! ¡Más fuerte! ¡Más fuerte! ¡Más fuerte!

Malvina comenzó a golpear cada vez con más ímpetu. Sus gemidos se confundían con los gritos de dolor de Mariela, pero no podía detenerse, no por crueldad, sino porque el temor y la humillación le impedían hacerlo. Si no hubiese visto la sangre en el borde de la palmeta, nunca habría parado.

–¡No se detenga!

–¡Basta! ¡Basta! –gritó Malvina. La hermana Josefa la tomó del brazo e iba a obligarla a continuar cuando fue interrumpida por la Madre Superiora.

–Ya es suficiente–. Malvina se zafó el brazo de la monja y salió corriendo del patio–. Déjenla. Traigan a la señorita Mariela a la dirección. Debemos completar los papeles de su expulsión.

Sin saber cómo, Malvina llegó hasta la capilla. Había pasado por su cuarto y se había vestido apresuradamente. No estaba dispuesta a soportar las murmuraciones de sus compañeras, así que decidió huir, escaparse del Colegio para siempre.

La puerta de la capilla estaba abierta. Se sentó detrás de una columna, escondida en una de las naves laterales. Si alguien entraba, podría verlo sin que la vieran. No quería ser molestada. Necesitaba pensar. Esta confundida y desorientada.

El chirriar de la puerta la despertó; no pudo determinar cuanto tiempo había permanecido dormida, pero supuso que no mucho porque todavía era de noche. Parapetada en su escondite, vio a dos hermanas que llevaban a rastras a Mariela por el pasillo central de la capilla. Detrás iba la Madre Superiora.

—La virgen María dio a luz un dios, señorita Mariela. Pero hay muchos otros que necesitan ser concebidos, ¿comprende?

Las monjas se detuvieron detrás del altar. La Madre Superiora extrajo de los pliegues de su hábito una llave, la colocó en una hendidura imperceptible y abrió una puerta secreta situada en el centro de la pared. Un resplandor ambarino cubrió el umbral.

Malvina se estremeció. Nunca se le hubiese ocurrido que allí, a la vista de todos, hubiese una puerta secreta. Las monjas empujaron a Mariela, que traspasó el umbral trastabillando. Luego, cerraron la puerta pero no echaron el cerrojo y permanecieron estáticas, expectantes. Malvina creyó escuchar unos gritos ahogados, gemidos de terror y luego, un silencio sepulcral. Las monjas ni siquiera conversaban entre ellas, lo que le daba a la escena un aire aún más oscuro.

Luego, volvieron a abrir la puerta. Una de las monjas atravesó el quicio y luego salió arrastrando a Mariela. A Malvina le pareció que estaba desmayada, desmayada o tal vez... ¿muerta? Sintió un terror indescriptible, una necesidad imperiosa de salir de allí, de gritar, de llorar, pero de algún modo logró reprimirse. Sintió el calor extendiéndose sobre el suelo de

pedra de la capilla y supo que se había orinado. Es preferible, pensó, a ser descubierta por las monjas.

Vio como desandaban el camino arrastrando el cuerpo desnudo de Mariela. La Madre Superiora cerró la puerta y se acercó a la hendidura con la llave en la mano, pero de pronto detuvo su cuerpo enorme y olisqueó el aire viciado. Malvina tuvo la seguridad de que había percibido su orina, pero pronto se dio cuenta de que era una falsa alarma, porque la Madre Superiora continuó su camino.

Ha dejado la puerta abierta, pensó Malvina. Se ha distraído y se ha olvidado de cerrar la puerta.

Las monjas salieron de la capilla. Malvina permaneció sentada en el charco de su propia orina hasta que se enfrió. Había una sola forma de saber qué le habían hecho a Mariela. Una sola forma. Una sola oportunidad... ¿y si la desperdiciaba?

De pronto, recordó que unos minutos antes, ella misma había golpeado a su amiga hasta hacerla sangrar. Había olvidado sus principios: Las monjas eran las malas, no sus compañeras. Había olvidado que vivía en un mundo equilibrado. Tenía que recuperar el orden. Debía abrir aquella puerta y descubrir a qué monstruosidad habían sometido a su amiga. Tenía que hacerlo.

Con paso trémulo, se acercó a la puerta. Dudó no una, sino varias veces, pero por fin aplicó su mano sobre la falsa pared y presionó deseando que a pesar de todo, la Madre Superiora hubiese cerrado la puerta. Cuando los goznes giraron, supo que era tarde para volver atrás.

El resplandor ambarino volvió a teñir el umbral secreto. Malvina intentó mirar el interior de la habitación, pero su vista había permanecido en la oscuridad durante mucho tiempo y le costó habituarse a la luz. Por fin, pudo vislumbrar una habitación pequeña, de paredes grises. Al fondo, una estantería de gruesos tablones sostenía una serie de grandes frascos de lo que Malvina creó conservas amarillentas y ligeramente resplandecientes

No podía creer que aquello fuese todo lo que había en la habitación. Se adentró unos pasos y observó con más detenimiento el contenido de los frascos. Entonces comprendió.

No eran conservas. Eran fetos flotando en un líquido amarillento. De pronto, el que estaba justo frente a Malvina abrió uno de sus ojos y clavó su mirada en la muchacha, una mirada inquisitiva y aterradora. Malvina dio un paso hacia atrás y fue en ese momento cuando sintió el chirriar de los goznes y supo que la puerta estaba cerrándose. Al darse vuelta, sólo vio ver la placa de hierro encajándose en el marco.

Fue exactamente como si una mano helada desgarrara su vagina, atravesara su estómago y apretara su corazón hasta hacerlo escurrirse entre sus dedos como a una manzana podrida.

Malvina tuvo la certeza de que ya no podría abrir la puerta, pero igual intentó hacerlo en un gesto desesperado. Sintió como cuatro de sus uñas se quebraban, pero no le importó el dolor. Sólo quería no tener que volverse para ver de nuevo a aquellos... ¿fetos? No, los había visto bien: No eran fetos normales, eran monstruos. Tenían tentáculos, ojos enormes y múltiples, membranas, sexos desproporcionados... ¡eran demonios!

Tuvo que dejar de hacer fuerza. Sus manos sangraban. Nunca lograría abrir aquella puerta porque estaba hecha precisamente para eso: Para que nadie pudiese vulnerarla. Pensó en quedarse allí, sin volverse, pero... ¿no era mejor mirar a los monstruos? ¿No era mejor tener presente donde estaban, asegurarse de su estatismo?

Presa de la impotencia, cayó de rodillas. Deseaba no tener que volverse, pero era peor permanecer así, con los monstruos a sus espaldas.

Se volvió abriendo bien los ojos para que las lágrimas no la cegasen. Allí estaban las bestias, nadando en esa luminiscencia ambarina que parecía haberse atenuado.

La aberración que había abierto el ojo ahora lo tenía cerrado.... ¿Habría sido sólo una alucinación? Intentó convencerse de aquello y casi lo logró. Pero entonces, cuando el resplandor casi se había apagado, el ojo volvió a abrirse con el movimiento cansino de quien hace un esfuerzo para despertar luego de un largo sueño. Parpadeó dos veces y después

comenzó a moverse dentro del receptáculo, primero lentamente, luego con tanto ímpetu que el recipiente empezó a vacilar hasta que cayó al suelo.

El sonido del frasco al impactar contra el suelo y la desaparición de la luz, dejando a la habitación en la más profunda oscuridad, sucedieron en el mismo momento. Malvina oyó el líquido deslizarse por el piso hasta llegar a sus pies. Presa del temor, retrajo sus piernas y quedó acuclillada, esperando que su corazón se cansara de latir y la dejara morir antes de continuar con aquella tortura. Sentía que la histeria crecía en su interior como la podredumbre en un cadáver, pero algo impedía que se apoderase de ella: El miedo, aún más poderoso que la desesperación, a que sus gritos, gritos de mujer joven, le impidieran escuchar el tenue chapoteo que se acercaba hacia ella.

El sonido se hizo más fuerte. Por momentos se detenía y Malvina podía oír la respiración acuosa de la criatura. Cuando sintió una calidez viscosa tocando su tobillo, no pudo resistir más. Se desvaneció justo antes de lanzar el primer grito.

Cuando despertó, estaba recostada en uno de los bancos del patio principal. Era de mañana y los sucesos de la noche anterior le parecieron sólo una aterradora pesadilla. Tanteó su cuerpo como lo hacen las personas que han sido víctimas de un accidente y no creen posible haber salido ilesos. Cuando llegó a su estómago, sintió el ardor en la entrepierna y percibió el movimiento en su vientre, que ya no era plano, sino pequeño y redondo.

Muñiz, febrero de 2007.